

# LA EXPERIENCIA DEL JOVEN PROVINCIANO EN LA OBRA DE ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Juan A. RÍOS CARRATALÁ

Universidad de Alicante

La soberbia y el desdén de algunos autores son motivos de ocurrencias que, dichas con la debida puesta en escena, suelen gozar de buena prensa. La afirmación de escribir sólo para «su gato» figura entre las recurrentes cuando estos elegidos por la gloria buscan una aureola de superioridad impenetrable. La táctica seguida en tantas entrevistas es antañona, pero resulta rentable de cara a los lectores reacios a compartir el secreto de su disfrute. Otros literatos privilegian la comunicación con quienes se acercan a sus obras y hasta manifiestan escribir para ser amados. Tampoco es preciso llegar a tales extremos situados en el linde de lo cursi. Tal vez baste con la amistad del lector que busca una experiencia cómplice donde el texto, fruto de una mirada sagaz, aspira a elevar el nivel de percepción de la realidad o a fundamentar una memoria basada en el conocimiento.

Este lector proclive a la amistad, al cabo de los años, dispone de una biblioteca en cuyas estanterías figuran autores con quienes mantuvo encuentros fugaces, pero solo destacan unos pocos que se repiten en los lomos de los libros porque son «los amigos de toda la vida». La relación puede haberse iniciado en diferentes momentos de la vida del lector. Nunca es tarde para entablar una amistad fruto de un descubrimiento tardío. No obstante, las más sólidas provienen de la primera madurez y suelen darse con autores de una edad similar a la de quien, un día que ya cuesta precisar, encontró en una librería una obra cuya voz le pareció cercana o cómplice. Esta sensación se reiteró con nuevas entregas del mismo literato, que jalonan una relación donde, llegados a la antesala de la vejez, la memoria cobra una importancia decisiva.

Los amigos de mis estanterías suelen haber nacido entre 1955 y 1960. Sus libros aparecen agrupados en torno a unos mismos y repetidos nombres: Antonio Muñoz Molina, Ignacio Martínez de Pisón, Javier Cercas, Fernando

Aramburu, Luis García Montero, Manuel Rivas, Marcos Ordóñez... Al grupo se suman esos autores mayores que, con el paso del tiempo, cada vez sentimos más cercanos: Luis Landero, Rafael Chirbes, Luis Mateo Díez, Juan Marsé y el imprescindible Manuel Vicent, que quintaesencia su bagaje de observador en cada entrega literaria y con sus charlas me recuerda a Rafael Azcona, aquel maestro de quien aprendí las anécdotas capaces de explicar las paradojas de la realidad. La reunión de viejos amigos parece fruto de un «machismo excluyente» y en sus nexos habrá huellas del «patriarcado». Tampoco conviene rasgarse las vestiduras. Las amistades deben quedar al margen de lo políticamente correcto y, qué le vamos a hacer, apenas he encontrado voces amigas entre las autoras de mi generación, aunque la misma cuente con varias «conocidas» a las que saludo con agrado y cierta frecuencia.

La mayoría de dichas amistades datan de los años ochenta, cuando los autores empezaban a publicar sus novelas al tiempo que yo debutaba como profesor de literatura. Esta actividad académica me llevó por diferentes épocas con afanes de investigador, pero siempre quedaban huecos para volver a ser un lector cómplice y disfrutar junto a unos amigos con quienes fui dejando atrás la juventud. A pesar de la adolescencia del rostro de Ignacio Martínez de Pisón o las pelambreras de Javier Cercas y Antonio Muñoz Molina, los años han pasado a una velocidad que ahora produce vértigo y, en cada reencuentro, la memoria adquiere una mayor importancia. Esta inevitable mirada al pasado, desde un presente nunca negado, incluye alguna dosis de melancolía, pero nunca cae en la nostalgia. La primera se relaciona con la juventud de los años setenta, aquella que nos correspondió vivir en un país que recordamos en blanco y negro. La ausencia de la segunda, la nostalgia, supone una muestra de sentido crítico compatible con la memoria, que nos remite a una España difícil de reconocer desde la actualidad. Tanto es así que cualquier aproximación a ese punto de partida, el tardofranquismo o la Transición, corre el peligro de aparecer como lo considerado «viejuno» en una cultura proclive a la amnesia y el adanismo.

Los libros de mis amigos carecen de «argumentario» hasta el punto de que nunca podrían haber sido redactados por guionistas de televisión, esos escribientes tan habituales en cualquier esquina del presente –incluida la

política- y capaces de reducir la realidad a una escaleta donde todo cuadra para desembocar en un desenlace. La edad como experiencia y el ejercicio de la memoria evitan semejante embeleco de la sociedad del espectáculo. La alternativa es una mirada atenta a las sorpresas, las contradicciones, las paradojas y el sinfín de excepciones donde nada está prefigurado ni abocado a una explicación. Sus libros, sobre todo aquellos escritos en estos últimos años, son una guía de búsquedas o de preguntas que a su vez generan otras. Así evidencian que la única respuesta válida es la necesidad de apartarse de cualquier obviedad clarificadora. Sus charlas y conferencias, ahora accesibles gracias a Internet, tienen una cadencia de palabra reposada y prolífica que necesita tiempo. Una palabra apegada a la experiencia y, por lo tanto, nada televisiva, ajena a la cultura del tuit e incompatible con esas píldoras que algunos políticos metidos a guionistas utilizan para explicar lo humano y lo divino.

La generación de mis amigos ha asistido a cambios tan radicales que su reencuentro con la juventud, de cuya impronta nunca nos olvidamos, será visto por algunos nuevos lectores como un viaje hacia los arcanos de la humanidad. Semejante aventura la vivo cada año en las aulas donde los alumnos siempre tienen la misma edad, pero curso tras curso se alejan de unos conceptos que hace unas décadas eran de fácil explicación por su obviedad. Ni siquiera precisaban de notas a pie de página. El provincianismo forma parte de esa experiencia que, sin apenas jalones para el recuerdo, ha dejado de ser una realidad envolvente para convertirse en una materia de estudio que requiere explicaciones, ejemplos y referencias bibliográficas. Cada otoño, al comentar *La casa de Bernarda Alba* (1936), de Federico García Lorca, encuentro dificultades crecientes para que el alumnado comprenda el significado del luto de las protagonistas. Lo provinciano, que aparece en el temario con el estudio de *La señorita de Trevélez* (1916), de Carlos Arniches, corre la misma suerte, aunque la tragedia grotesca la vean adaptada por Juan Antonio Bardem en *Calle Mayor* (1955). Y prefiero obviar la dificultad para que esos jóvenes disfrutaran con *La niña de luto* (1964), de Manuel Summers, donde ambos conceptos se mezclan en un tono de comedia agrisulce cuyo realismo, casi documental en algunos aspectos, ahora parece disparatado. Lo provinciano ha

empezado a ser, de manera sorprendentemente rápida y silenciosa, un motivo que precisa estudio o curiosidad para su comprensión, a diferencia de la facilidad con que mis amigos novelistas encuentran vestigios del provincianismo en las evocaciones que nos remiten al tardofranquismo o la Transición.

En 1975, justo cuando comencé mis estudios universitarios, en las aulas resultaba sencillo distinguir a los alumnos procedentes de los pueblos de quienes vivíamos en Alicante. Tal era la diferencia de aspecto que, salvo para buscar una confirmación, ni siquiera parecía preciso preguntar en la mayoría de las ocasiones. Cuarenta años después, en esas mismas aulas, resulta arriesgado identificar al colectivo de los Erasmus como un grupo diferenciado con respecto a los españoles. La obviedad de esta evolución propia de «la globalización» apenas merece un comentario digno de un trabajo académico. No obstante, a menudo olvidamos que los grandes cambios suelen ser silenciosos, se confunden con un designio del destino y carecen de fechas capaces de jalonar el recuerdo de los mismos. La memoria compartida en un diálogo a través de los libros acude en tales ocasiones como una alternativa para evitar la tentación, o la cortedad, de una cultura circunscrita al presente.

El cultivo de la memoria requiere oficio, hábito y constancia desde mucho antes de que el sujeto lo perciba como una necesidad. Llegados a la frontera de los sesenta años, cuando esa memoria ha cuajado en combinación con una imaginación también perfilada durante décadas, el recuerdo de los objetos, las sensaciones, las costumbres... que marcaron nuestros días de juventud se muestra frágil. Nadie preservó sus componentes como documentos para los historiadores. Los museos de la cotidianidad son una quimera porque aquello que, durante un tiempo, es omnipresente se presupone y ningún coetáneo plantea su conservación. Semejante error debe ser inevitable a tenor de su reiteración y sólo se percibe su gravedad cuando la evocación de ese mismo conjunto de sensaciones, detalles, circunstancias... parece necesaria a personas como el citado grupo de amigos, todos alrededor de los sesenta años. «Cosas de la edad...», que dirían nuestros padres. Tal vez necesitemos la evocación por el atractivo de la mirada retrospectiva, con sus peligros en forma de nostalgia que conviene sortear. También porque otras voces, más

jóvenes y ajenas a la experiencia de esa época de juventud que nos marca, empiezan a tergiversarla. Ni siquiera la reconocemos en algunas de sus manifestaciones dado que, muchos de quienes intervienen en la vida pública, solo conocen la España de los setenta a través de fuentes secundarias, síntesis apresuradas y píldoras en forma de tuit.

Antonio Muñoz Molina es un baluarte de nuestra memoria generacional. Sus reflexiones constituyen un antídoto contra la complacencia o la inexactitud de la mirada retrospectiva y dedicó un excelente artículo a las «formas de olvido» -aquellas que afectan a lo que nos envuelve durante un tiempo con la inconsciencia de lo supuestamente eterno-, porque lleva décadas combatiéndolas como escritor dotado de una conciencia cívica:

Sesenta años es una edad que antes solo cumplían otros. Ahora que soy yo quien llega a ella me doy más cuenta de la responsabilidad cívica de contar con veracidad lo que me ha sucedido, lo que desaparecerá o se tergiversará más fácilmente si uno no lo atestigua, la atmósfera y la tonalidad y los sonidos y los olores de un tiempo, la memoria precisa de los justos y los canallas (*El País*, 9-I-2016).

Los lectores de toda la vida de Antonio Muñoz Molina compartimos esa responsabilidad cívica de contar con veracidad una época, los años de la Transición, ahora en boca de muchos como argumento político. Y en ese marco de reconocimientos e identificaciones, donde resulta necesario distinguir lo sustancial de lo accesorio, lo provinciano forma parte de las experiencias que conviene recordar y perfilar. A veces para nuestro disfrute íntimo, como algo propio que no necesariamente debe ser positivo, pero sobre todo para el conocimiento de las generaciones futuras. Otras fuentes serán oportunas de cara a la comprensión de lo histórico, aquello que se jalona con la precisión del dato, pero solo la memoria en combinación con la imaginación de novelistas como Antonio Muñoz Molina aportará textos o testimonios para conocer lo provinciano, un concepto difuso a menudo que, por los años setenta, vivía el inicio de un epílogo del que ninguno de nosotros éramos conscientes.

Varias de las primeras novelas de Antonio Muñoz Molina se desarrollan en Mágina, una localización ficticia donde está estilizado –junto con una

evidente carga literaria- el pueblo natal del autor: «Úbeda está en los mapas y en el tiempo; Mágina es un lugar de mis libros y de mi pasado» (*La Huerta del Edén*, 215). La lectura de esas novelas bastaría para hacerse una idea aproximada de lo que suponía vivir durante el tardofranquismo en un espacio rural, donde el aislamiento, la ausencia de novedades y las rutinas marcaban un devenir similar al visto en relatos de otras épocas más alejadas en el tiempo. Mágina es un referente inexcusable en este sentido, aunque Antonio Muñoz Molina al concebirla careciera de la voluntad literaria de conectar, como premisa, con quienes abordaron el mundo de los grandes pueblos desde una perspectiva realista equiparable a la presente en la narrativa decimonónica y hasta mediados del siglo XX. «El tiempo de Mágina gira en torno a un reloj y a una estatua» (*Beatus ille*, 53), pero la frase se queda en un apunte sin el desarrollo que habría tenido en autores como Clarín.

Los años pasados en Úbeda dejaron su impronta en las primeras novelas de un Antonio Muñoz Molina dispuesto a trascender cualquier tentación localista desde *Beatus ille* (1986). No obstante, ese período terminó cuando el lector impenitente y escritor en ciernes tuvo la oportunidad de realizar unos frustrantes estudios universitarios en Madrid -«aquellas clases absurdas de Teoría de la Información y Elementos de Comunicología» (*El dueño del secreto*, 62)- y, desde 1974, en Granada. Allí Antonio Muñoz Molina se licenció en Historia del Arte y trabajó en una oficina municipal al regresar del *Ardor guerrero* (1995). La novela recrea su experiencia a finales de los setenta en el obligatorio servicio militar y me serviría de referente generacional para *La sonrisa del inútil* (2007) y otros trabajos sobre la memoria.

La complicidad con el amigo de la estantería ya era sólida por entonces. Y en la misma se incluía la experiencia del dubitativo joven de provincias que, dispuesto a respirar otros aires compatibles con lo cosmopolita, acumula lecturas y abandona su rincón en consonancia con lo protagonizado por personajes de Stendhal, Balzac, Dickens, Flaubert y Henry James, entre otros clásicos a los que cabría añadir Galdós. El proceso de Antonio Muñoz Molina duró años hasta su consagración a finales de los ochenta, se desarrolló entre dudas propias de la supervivencia económica -«ya terminada la carrera, con un porvenir temible delante de mí (el ejército y el paro eran mis únicas

perspectivas)» (*Nada del otro mundo*, 47)- y, en definitiva, tuvo un desenlace positivo gracias al azar de encontrar lectores como Pere Gimferrer. El novelista lo agradeció, aunque esa fortuna editorial se basó en la perseverancia del empleado municipal que cada semana escribía las impresiones del «Robinson urbano» o publicaba «el diario del Nautilus» en un periódico de Granada. El objetivo era aprender el oficio, sin otra perspectiva que la de escapar de la chatura provinciana con la ayuda de las letras: «No, a mí no me salvaba nadie entonces de la pobreza, de la literatura ni del onanismo, tres aflicciones en las que puedo honradamente reconocer que se basaba mi vida» (*Nada del otro mundo*, 56), afirma un protagonista con probables ecos autobiográficos.

La experiencia provinciana de Antonio Muñoz Molina en Granada es equiparable a la de tantos otros jóvenes que, en una España a punto de culminar la Transición, pretendían buscarse la vida tras finalizar unos estudios que no garantizaban nada. Lo excepcional no fue un motivo para la recreación literaria de esos años de «la vida por delante», pero en la cotidianidad observada con sentido autocrítico e ironía por el novelista hubo tensiones. Las consiguientes dudas, como en tantos relatos que tendrían su reflejo en el cine de directores con la voluntad autobiográfica de un Federico Fellini (Ríos Carratalá, 1999), nunca se tradujeron en apego a lo seguro por parte de Antonio Muñoz Molina. El período acabó con el abandono del espacio provinciano, abocado en buena medida a su desaparición, para trasladarse a Madrid y, posteriormente, Nueva York como autor de éxito. La necesidad de ampliar perspectivas ahora parece haber culminado mediante un regreso a España donde la memoria, aquella que con tanta fuerza aparece en el linde de los sesenta años, es un elemento nuclear porque nunca ha dejado de acompañarle en sus aventuras personales y literarias.

En un trabajo que solo pretende sugerir lecturas compartidas –la modestia del objetivo no supone una coartada, sino un deseo-, sería impropio abarcar la totalidad de los textos donde el reflejo de lo provinciano, como espacio e impronta caracterizadora de los personajes, aparece en la trayectoria editorial de Antonio Muñoz Molina. La alternativa es centrarnos en dos novelas cortas: *Nada del otro mundo* (1993) y *El dueño del secreto* (1994). Ambas están consideradas hasta cierto punto como obras

menores en los estudios dedicados a su producción narrativa, pero evidencian la virtud del humor y la ironía para reflejar unas circunstancias dignas de una evocación compartida con los amigos de las estanterías.

*Nada del otro mundo* y *El dueño del secreto* están protagonizadas por dos jóvenes en cuya caracterización encontramos apuntes biográficos del novelista. No obstante, aparecen combinados con rasgos propios de su generación y un conjunto de experiencias, en Granada y Madrid, donde lo provinciano de la época juega un papel también presente en *El Robinson urbano* (1983) y *Diario del Nautilus* (1985). La diferencia, y no pequeña, es que la abrumadora carga literaria de estos dos últimos títulos deja paso a una mirada más directa, donde la ironía acerca de lo visto o experimentado por el autor revela las posibilidades de Antonio Muñoz Molina como amigo con quien recordar, entre sonrisas, un tiempo pasado donde lo provinciano estaba presente con una fuerza ahora difícil de entender. Tal vez porque esa presencia ayudara a sintetizar la mediocridad de aquella España digna de un retrato valleinclanesco: «Era el año 74, ya digo, hace nada, veinte años, y todavía quedaban serenos en Madrid, verdugos a la antigua y pelotones de fusilamiento, y uno se imaginaba a Franco, el Enano del Pardo, como le decían en la Radio Pirenaica, firmando una sentencia de muerte con mano temblona y pergaminosa de viejo terminal, y oyendo misa y comulgando a continuación» (*El dueño del secreto*, 64).

Veinte años después de haber vivido Antonio Muñoz Molina en Madrid como estudiante, probablemente en una pensión al igual que el provinciano protagonista de su relato, la capital era otra, alejada de esa ciudad marcada por la «grisura del nublado, del humo de los coches, del granito sombrío de las iglesias y de los edificios franquistas, el mismo gris monótono de los uniformes de los guardias, de los muebles metálicos de las oficinas y de los trajes de anciano paternal y temblón que vestía el general Franco» (*El dueño del secreto*, 95). A pesar de que en la novela, al modo galdosiano, se contraponen distintas imágenes y ambientes de la capital, el color que predomina es el resultante de la mirada del protagonista: «Era un Madrid gris el que yo recuerdo, gris de invierno, de edificios con las fachadas de granito ensuciadas por el gris más oscuro del humo, gris de uniformes, de jeeps y autocares, de



cascos y capotes impermeables de aquellos policías a los que llamábamos los grises» (*El dueño del secreto*, 66).

En 1994, el novelista no sólo vivía en un Madrid cambiado, sino también en una ciudad vista desde una perspectiva vital radicalmente distinta: la de un prestigioso autor de éxito. Y, desde la misma, Antonio Muñoz Molina recuerda con la ironía de la desmitificación del pasado algunas experiencias relacionadas con los años de sus comienzos literarios en Granada. El protagonista de *Nada del otro mundo* no es un trasunto del autor, pero a tenor de lo conocido a través de los artículos de prensa, las entrevistas y otros testimonios del novelista nos aventuramos a pensar que la percepción de la ciudad provinciana por parte de ambos sería similar: «Dentro de aquella irrespirable provincia nosotros [el protagonista y Funes, su compañero de piso] habitábamos en una provincia interior y todavía más claustrofóbica: la de los bares de bocadillos y las casas de comidas baratas, las academias nocturnas instaladas en pisos grandes y oscuros, las pensiones con cuartos sin ventanas y con candado en el teléfono y en el frigorífico» (*Nada del otro mundo*, 40). El ajuste de cuentas con la mediocridad del pasado, en buena medida asociado a lo provinciano, se asoma en una novela corta que acaba con la aparición de unos fantasmales personajes anclados en los años setenta.

La ciudad de provincias carece de un protagonismo similar al dado por Clarín, Galdós y, mucho después, Luis Mateo Díez o Carmen Martín Gaité. Su imagen solo aparece a través de la mirada del estudiante de 1976 que vive una bohemia pobretona de cubalibre, coñac y tabaco negro o, diez años después, del escritor que empieza a destacar. Esta localización del relato a partir de unas pocas y eficaces pinceladas ayuda a Antonio Muñoz Molina en su tarea de sortear las limitaciones propias del localismo. La Granada de sus inicios como escritor que compartía la condición de oficinista con Pessoa o Kafka queda entrevista, pero lo recreado nos permite pensar que es una ciudad provincial similar a las que por aquel entonces conocimos los amigos de la estantería. Los nombres de las calles no importan, tampoco los rasgos de diferentes lugares que podrían dar la sensación de lo específico. El novelista prefiere centrarse en objetos comunes, ambientes compartidos e imágenes que activan la memoria colectiva de la época. El punto de partida puede ser «una

vajilla duralex de color de caramelo» (45), las estaciones de autobuses que evidenciaban un pasado «intacto y miserable» (69) o un verbo, «plantear», capaz de resumir «nuestra patética cultura de izquierdas en los años setenta» (64). Cualquiera de esos apuntes ayuda a evitar la condescendencia con el pasado, distinguir lo soñado de lo vivido e intentar comprender, sin apriorismos, una época cuya posterior «movida» también quedaba lejos de unas ciudades provincianas que todavía lo eran, como si permanecieran en un espacio poblado por ecos cuya sonoridad distaba del estruendo madrileño. Así se ha contado desde un canon cultural deudor del centralismo, aunque –sospecho– ese cosmopolitismo de la capital no fuera tan rutilante a tenor de la evidencia, convenientemente relegada, de unos años con abundancia de quinquis, maderos y picoletos (Ríos Carratalá, 2014).

Antonio Muñoz Molina fue un joven de provincias con la firme voluntad de sortear el encanto de las rutinas o evitar cualquier asomo de apego a lo mediocre, limitado y anticuado. La literatura como mundo posible le ayudó junto con una ambición imprescindible para afrontar la aventura de la novedad. A veces, este bagaje de tantas lecturas actuó como una alternativa vital de mundos posibles y, en otras ocasiones, le trazó el camino para salir del anonimato al convertirse en la base de un oficio con el cual aspirar a metas vitales más atractivas que las de un empleado municipal. Muchos de sus lectores de su misma edad, y que también hemos sentido el ahogo en una ciudad provinciana, le comprendemos y seguimos. Incluso le admiramos desde antes de su consagración como escritor, aunque seamos conformistas con nuestras rutinas y hayamos echado raíces donde estudiamos el bachiller, parafraseando a Max Aub, mientras esperábamos sin sobresaltos que esos rasgos de lo provinciano quedaran progresivamente difuminados.

El destino de los individuos no siempre es moldeable con la ayuda del azar y, además, el trabajo emprendido en un rincón provinciano tampoco suele encontrar el debido reconocimiento; ni siquiera es objeto de lectura o atención en la mayoría de las ocasiones. La soberbia de ciertos ambientes capitalinos de Madrid y Barcelona, con la incorporación de otras referencias autonómicas o nacionales, daría materia de sobra para un capítulo pendiente de redacción en nuestra reciente historia cultural. Los ejemplos de esta ceguera selectiva de los

«centros del poder» –prensa, editoriales, organismos públicos y privados...- abundan en anécdotas dignas de un relato sobre las paradojas del absurdo, pero los mismos sobran a la vista de lo reiterado de un comportamiento proclive al desprecio de lo desconocido. El balance supone una exclusión pocas veces argumentada y que habrá afectado a escritores como el protagonista de *Nada del otro mundo*.

Los rasgados de vestiduras no caben en tales circunstancias. Los provincianos conscientes de nuestra condición evitamos el victimismo y la posibilidad de convertirnos en fantasmas del pasado con apetitos de zombis, tal y como aparecen los setenteros personajes de *Nada del otro mundo*. También reímos con el protagonista de Antonio Muñoz Molina que, a mediados de los ochenta, se encamina a la casa de cultura de un pueblo fantasmal para impartir una conferencia después de soportar la eternidad de La Yenka: «¿a quién se le ocurre viajar en un autobús llamado La Yenka –por el trazado de su ruta- para dar una conferencia en un sitio que se llama Pozanco?». Pozanco del Caudillo, en realidad; antes de quedar sumergido por un embalse. Esa misma pregunta me la hacía por entonces cada vez que mi universidad o una caja de ahorros decidían imitar, de mala manera, el ejemplo de las Misiones Pedagógicas. Las sensaciones de ese recuerdo coinciden con las recreadas por Antonio Muñoz Molina, pero al final de las conferencias nunca tuve una experiencia sobrenatural o fantástica como la del sorprendente desenlace de *Nada del otro mundo*. La realidad siempre desmerece con respecto a la ficción. En cualquier caso, mis evocaciones de aquellos años ochenta se remiten a experiencias en pueblos similares a Pozanco, donde gentes como Juana Rosa y Funes nos recordaban la necesidad de avanzar de acuerdo con los tiempos o, mejor dicho, de evitar los embelecos de los nuevos, que acaban pareciéndose a los de los viejos.

Antonio Muñoz Molina apostó –como explica Justo Serna (2004)- por el desarraigo para alcanzar la libertad más allá de lo que determina o está destinado a sus protagonistas. Y, como autor, sintió la necesidad de dejar atrás la ciudad provinciana con «su melancólica condena de trienios» para convertirla en materia propia de la memoria. Así, al cabo de los años, un día le descubrimos en Nueva York, con la curiosidad de un observador ajeno a los

prejuicios. Sus nuevas experiencias también nos han interesado, aunque como amigo lector preferiría que siguiera contándome las andanzas de los Funes de Granada y dejara para otros las protagonizadas por asesinos norteamericanos (*Como la sombra que se va*, 2014). El gusto por lo local, por lo conocido en profundidad después de innumerables visitas, es una querencia difícil de superar cuando nos acercamos a los sesenta años. Mientras el novelista de Úbeda andaba entre dos continentes junto a Elvira Lindo, otros lectores de su generación hemos permanecido en la misma ciudad de siempre como Fabricio del Dongo en la batalla de Waterloo, sin apenas enterarnos de que ese espacio de lo provinciano estaba difuminándose a nuestro alrededor. Tal vez quede algún rescoldo capaz de ahogarnos en un momento determinado. También la tentación de la rutina, pero en la misma puede prevalecer la comodidad de lo manejable y próximo, de lo realizado con oficio, que no supone siempre un límite para el conocimiento ni una antigualla. Ni siquiera estamos obligados a envejecer en una gestoría como el protagonista de *El dueño del secreto*, fantaseando acerca de aquellos meses de 1974 pasados en Madrid, cuando el provinciano creyó formar parte de «una conspiración encaminada a derribar el régimen franquista».

La uniformidad de la globalización se impone frente a unas disyuntivas (campo vs. ciudad; capital vs. provincia...) que tanto juego dieron en la literatura y otras manifestaciones de la creatividad. A menudo, el viaje queda así reducido al desplazamiento, a un mero movimiento hacia un punto demasiado similar al de partida y con sus correspondientes franquicias. El linde de los sesenta años ya no invita a la aventura y, de pie frente a las estanterías de la biblioteca, tal vez sea el momento de preguntar a los amigos de toda la vida acerca de sus recuerdos, donde lo provinciano era una atmósfera que para la mayoría pasaba desapercibida. Voces acostumbradas al ejercicio de la memoria, como la de Antonio Muñoz Molina, evidencian que cabe evitar ese error, precisar mediante algunos rasgos un contorno que nos remite a una época tan cercana en el tiempo como remota a efectos de evocación y, sobre todo, fijar una imagen de ese epílogo provinciano de la Transición frente a la tergiversación de quienes convierten nuestra experiencia vital en un concepto libresco, en el mejor de los casos, o propio de la cultura del tuit. La alternativa a

semejantes píldoras requiere horas de lectura o de conversación con los amigos de la estantería, que suelen estar dispuestos al recuerdo cómplice porque todavía se sienten vivos y actuales. En Nueva York o Madrid algunos, pero también en los más apartados rincones de la provincia ahora conectados con esa batalla de Waterloo que tantos Fabricios del Dongo de las metrópolis ignoran. Lo provinciano, como sinónimo de un anclaje en la rutina del pasado, ya no es un rasgo adscrito a una localización, sino un estado mental bastante repartido en una sociedad donde cabe el desconcierto ante *Todo lo que era sólido* (2013) y ahora revela una liquidez ajena a las disyuntivas de otra época.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

MUÑOZ MOLINA, Antonio (1986), *Beatus ille*, Barcelona, Seix Barral.

\_\_\_\_ (1994), *El dueño del secreto*, Madrid, Ollero y Ramos eds.

\_\_\_\_ (1995), *Nada del otro mundo*, ed. Andrés Soria Olmedo, Madrid, Espasa Calpe.

\_\_\_\_ (2013), *Todo lo que era sólido*, Barcelona, Seix Barral.

RÍOS CARRATALÁ, Juan A. (1999), *La ciudad provinciana. Literatura y cine en torno a Calle Mayor*, Alicante, Publicaciones UA.

\_\_\_\_ (2007), *La sonrisa del inútil. Imágenes de un pasado cercano*, Alicante, Publicaciones UA.

\_\_\_\_ (2014), *Quinquis, maderos y picoletos. Memoria y ficción*, Sevilla, Renacimiento.

SERNA, Justo (2004), *Pasados ejemplares. Historia y narración en Antonio Muñoz Molina*, Madrid, Biblioteca Nueva.